

PROTOCOLO DE EMERGENCIA

Pensé que alguien había entrado en casa. Fue de madrugada. Sobresaltado, desperté a Petronila que roncaba como un moloso y le indiqué que se escondiera en el vestidor. Ella abrió un poco los ojos y, familiarizada con el protocolo, que yo mismo dicté para casos de emergencia, obedeció sin hacer preguntas. Alcanzó una manta, y acomodándose entre los abrigos continuó durmiendo. «Bendito sueño el tuyo, mujer», pensé mientras echaba la llave.

Permítanme que me presente: soy, Ivan Berengato Manteca. Teniente de la Guardia civil de este pueblo serrano de cincuenta y ocho habitantes, (alguno más en verano), al que fui destinado hace cuarenta años. Aquí conocí a mi señora: Petronila García Rebollo, hija de labriegos, gorda y buena mujer, aunque incapaz de darme hijos, con la que me uní en matrimonio al poco de llegar. Y aquí hemos envejecido, lejos del ajetreo de la urbe; donde uno asiste a cada nacimiento y a todos los entierros y nunca pasa nada, sin que por ello ceje mi celo vigilante.

Pues bien, como les iba contando, esa noche bajé las escaleras escopeta en mano y recorrí la casa sin encontrar nada sospechoso. Al cabo de media hora catalogué el asunto de falsa alarma y volví a mi alcoba, dejé la escopeta junto a la mesilla y me quedé dormido. A la mañana siguiente me despertaron los golpes de Petronila que aún permanecía encerrada en el vestidor. Cuando abrí la puerta ella me recibió con la ropa limpia.

—¿Qué pasó anoche? —quiso saber.
—Nada. Oí un ruido y bajé a echar un vistazo.
— ¡Ah, bueno!

Me entregó la muda y con un movimiento de cabeza me indicó que me metiera en el baño.

Cuando bajé a la salita ella estaba terminando de preparar el desayuno. Encendí la radio y me senté a la mesa a esperar que me lo sirviera. Después pasé la mañana en el cuartel y, como de costumbre, la tarde en el casino.

Pasaron los días sin que nada alterara nuestra calma, hasta que la noche del domingo, serían las dos de la mañana, me despertó la tormenta. La lluvia azotaba la ventana haciendo temblar los postigos y temí que las tejas salieran volando. Desvelado, me puse a contar los segundos transcurridos entre el rayo y el trueno, ejercicio que practico desde la infancia, y en ésas estaba cuando oí, otra vez, unos ruidos que procedían de la planta baja, (como de arrastre de cadenas). Recordé que Benito Torres Caídas, empresario de la madera, me había contado que le faltaban unos tablones y mucho temía haber sido víctima de un robo. Salté de la cama y me puse a escuchar detrás de la puerta. El ruido me llegaba nítido a pesar de la tormenta y de los ronquidos de mi mujer.

Pese a mis muchos años de ejercicio, jamás me había enfrentado con el delito en su esencia pura y, a mi edad, el

verme obligado a cumplir con mi deber de hombre y agente de la ley, lo confieso, hizo flojear mis piernas que cedían como cuerdas dentro de las zapatillas.

—Petronila, despierta.
— ¿Qué pasa? ¿Qué pasa?—respondió ella dando un respingo.
—Hay alguien abajo. Esta vez va en serio. Escóndete
—le dije mirando su carita redonda.

Al imaginármela degollada, me embargó un sentimiento de ternura y amor nuevo, porque, aunque burra, mi Petronila había sido la mujer más buena del mundo. Y la empujé hacia el vestidor. Pero ella, esta vez no accedió a mis peticiones y cogiendo la bata salió escaleras abajo dejándome solo entre los ropajes.

— Viejo, imbécil. —me pareció oír cuando se cerró la puerta.

El terror se apoderó de mí de tal forma, que me desplomé y quedé tendido como una cucaracha, patas arriba, sin ser capaz de darme la vuelta. Cuando reaccionaron mis miembros y pude incorporarme, no sin cierto sonrojo, supe que era mi obligación salir del ropero y socorrer a mi esposa de forma inmediata.

Cuál fue mi sorpresa cuando la encontré en la cocina, dándole un tazón de leche a una perrilla canela, que al verme movió el rabo arrastrando una cadena.

—No la iba a dejar fuera con la noche que hace ¿no?
— ¿Desde cuándo está ese animal en mi casa, Petronila?
—Desde que yo la traje a la mía. —Contestó.

Volví a la cama y a la mañana siguiente envié una carta certificada a mis superiores solicitando mi jubilación.



Inma Porcel

(Granada, 1965). En 2018 publica su primer libro de cuentos, *“Otra vez el grillo anuncia el verano”*. Sus relatos se han publicado en varias antologías. Algunos han quedado finalistas en concursos de cuentos.

